

región. Y la tercera, de 1990 en adelante, en la que se abandona la reconstrucción de la masacre sin que deje de aparecer su recuerdo en forma permanente como algo muy ligado a la identidad de la región.

El libro se cierra con una reflexión pertinente elaborada por miembros del grupo de estudiantes “Realidad y Ficción” de la Universidad Nacional de Colombia, sobre la conexión entre investigación histórica y pedagogía. Se plantea que, pese a los avances de la investigación, a la elaboración de trabajos históricos cada vez más incluyentes en términos de actores sociales, todavía, en los relatos que llegan al sistema educativo se sigue omitiendo o subvalorando la participación de las clases subalternas en el proceso histórico nacional. Ponen la solución en la necesidad de introducir temáticas pedagógicas en los planes de estudio de los grados de historia y de geografía de esta universidad.

En conclusión, se trata de un texto que, sin contar con un relevante soporte de fuentes documentales y periodísticas, contiene perspectivas nuevas e insinuaciones llamativas sobre uno de los grandes episodios de la historia social colombiana.

MARIO AGUILERA PEÑA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

jmaguilerap@unal.edu.co

[292]

Adolfo Atehortúa Cruz.

Marx y el mundo colonial. El escrito sobre Bolívar.

Bogotá: Ediciones Aurora, 2009. 135 páginas.

Es buena nueva que la discusión sobre el tema de “El Bolívar de Marx”, aquel artículo de algo más de 4.000 palabras que deja tan mal parado al gran Bolívar, se haya trasladado a la “patria grande” del Libertador, a su Gran Colombia, es decir, a Colombia y Venezuela. En los últimos dos años largos aparecieron dos libros, uno en Venezuela,* y otro en Colombia, que por ser este último el más reciente se erige en motivo inmediato de este comentario bibliográfico. Pero es inevitable —deseable— que la discusión gire sobre el debate y no solo sobre la noticia mercantil de un nuevo título de librería. El libro de Adolfo León Atehortúa publicado por Ediciones Aurora de Bogotá a finales de 2009, *Marx y el mundo colonial. El escrito sobre Bolívar*, es un estudio concienzudo con aliento académico sobre el tema bolivariano, con la clara intención de enmarcarlo en el contexto intelectual de la obra de Marx y, en particular, en su visión de las periferias del siglo XIX, es decir, del “mundo colonial”, que parecería ser el principal tema del libro, al menos como aparece en el título, mientras que “el escrito sobre

* Inés Quintero y Vladimir Acosta, *El Bolívar de Marx* (Caracas: Editorial Alfa, 2007).

Bolívar” sería subsidiario. Pero no es este el resultado tan pronto se adentra uno en el texto de Atehortúa. El segundo tema —el bolivariano— engulle vorazmente al primero y lo pone servilmente a su disposición. No podría ser distinto porque el artículo de Marx sobre Bolívar es como una joven rutilante, coqueta e insinuadora, mientras que el otro tema es como una chaperona adusta, noble y rigurosa, pero eclipsada por el brillo de su protegida. Atehortúa empieza con un barrido expeditivo de la literatura y se ocupa a rápidas zancadas de Aníbal Ponce (1936), Gilberto Vieira (*Circa* 1938), los editores rusos de la MEGA (Obras completas de Marx y Engels), segunda edición (1959), Hal Draper (1968), el argentino Pedro Scaron (1972), el también argentino José Aricó (1982), el cubano Francisco Pividal (1977), los mexicanos Carlos Sánchez y Gustavo Vargas Martínez (1983), y, en fin, Carlos Uribe Celis (1986). “Por desgracia con estos dos últimos autores —escribe Atehortúa— se cerró la discusión [...] casi nadie volvió a ocuparse del texto de Marx sobre Bolívar. En 1998 y en el 2004 dos autores [José Arze y Hernando Reyes Duarte] volvieron de manera aislada a recordar el fundamento de Aricó [etc.]” (p. 21). Casi que tiene razón, pero el problema entre nosotros los latinoamericanos es que nos ignoramos sin proponérselo, por culpa de la pésima difusión editorial, que motiva, por ejemplo, que el libro de los venezolanos que aquí referimos llegara a Colombia dos años después, hasta donde sabemos, y, por tanto, que aquí los ignoremos a ellos tanto como ellos nos ignoran. Atehortúa se detiene luego en una adecuada presentación de las fuentes de Marx (al menos las que Marx decide hacer constar al final de su célebre artículo sobre Bolívar —escrito en 1857— para el tercer volumen de *The New American Cyclopaedia*). Esta observación típicamente académica de las “fuentes” es plausible a esta altura y da indicios de que la literatura ha dado un giro nuevo y “profesional”; diríamos que estaba ausente de la primera recepción del artículo marxiano.” Enseguida, Atehortúa entra en materia. Discute el viejo tema del eurocentrismo hegeliano de Marx —la cantinela de “los pueblos sin historia” de la *Filosofía de la historia* del filósofo de Jena y Berlín— y precisa, esta vez con mucho énfasis: “Este era el verdadero sentido de la concepción de Marx. Antes que un ‘eurocentrismo de corte hegeliano’ una visión del mundo basado en las condiciones económicas del capitalismo estudiado dialécticamente en la Europa occidental; antes que la

* Más rico, reflexivo y circunstanciado es el barrido que hace la venezolana Inés Quintero en el libro ya mencionado.

** Igualmente juiciosa sobre el particular es la presentación del excelente estudio del venezolano Vladimir Acosta. Quintero y Acosta 56-60. Podemos, a propósito, postular tres momentos en la crítica del Bolívar de Marx: 1936-1967, 1968-1983 y 1984-hasta el presente. En el primer momento se toma partido por Marx o por Bolívar. En el segundo se reivindica a Bolívar y se acusa a Marx de eurocentrismo hegeliano o de ignorancia. En el tercer momento —posterior al centenario de la muerte de Marx— creativamente se avanzan otras hipótesis explicativas. No quiere esto decir que todos los que escriben dentro de un periodo se identifiquen plenamente con la tendencia.

desusada noción de ‘pueblos sin historia’, la creencia en una estrategia general revolucionaria que partía del proletariado de las naciones más desarrolladas” (p. 62). Excelente precisión que compartimos ampliamente. Por otra parte, la explicación tradicional del antibolivarismo de Marx tiene en su ignorancia (de Marx) sobre la realidad latinoamericana uno de sus pilares argumentales. Atehortúa recoge, esta vez sin ambages, de manera escueta, la vara del relevo y repite simplemente la hipótesis: “La ignorancia sobre América [...] podía por sí misma engendrar los más errados juicios o las más absurdas opiniones./ Marx, pudo ser en tal sentido más víctima de la ignorancia que del prejuicio” (p. 53). En un tercer envío el autor del texto que comentamos se ocupa de los textos de Marx sobre el “mundo colonial”: India, California, México, etc., para establecer que Marx es partidario de la colonización a sangre y fuego para imponer el capitalismo, que desde el *Manifiesto* (1848) ve como la gesta victoriosa de una burguesía que quiebra las cadenas de la superstición y abre las compuertas del progreso sobre un mundo de atraso milenar, un estribillo en perfecta armonía con la visión ilustrada, iluminista, de los *philosophes*. Pero, claro está, hay un *quid pro quo*: la victoria del capitalismo es su perdición, su gloria lo conduce a las puertas del infierno. A más capitalismo, más proletariado, más explotación, más conciencia revolucionaria, más revolución. “Por todo ello para Marx —dice Atehortúa acertadamente— el triunfo mundial del capitalismo es el tema más importante de la historia en la mitad del siglo XIX [...] Su escenario principal es ante todo Europa, no la América de Bolívar!” (p. 81).

A partir de este punto, en su último tercio, el libro en discusión sufre una inflexión y hace honor al orden de su título: *Marx y el mundo colonial*, primero. Y después, solo después, *El escrito sobre Bolívar*. Como quien dice: la chaperona vuelve por sus fueros y pone en cintura a su coqueta protegida. Se ocupa el libro momentáneamente de las revoluciones de 1830 y 1848, sin añadir mucho al tema, como no sea que fueron parte muy importante del paisaje histórico de Marx. Me gustaría destacar una cita de Hobsbawm que Atehortúa aporta, a propósito de ese período (1830-1848): “jamás en la historia europea y rarísima vez en alguna otra, el morbo revolucionario ha sido tan endémico, tan general, tan dispuesto a extenderse tanto por contagio espontáneo como por deliberada propaganda” (p. 89). Yo aduciría como un paralelo apocalíptico la historia judía del año sesenta al 135 de nuestra era, tan endémicamente revolucionaria como la invocada por Hobsbawm. Pero, en todo caso, ¿no resulta, pues, Marx —más allá de su genio indisputable— una de las “víctimas” supérstites de tal pandemia revolucionaria?

Finalmente, lo que probablemente es el mejor bocado del libro de Atehortúa: la exposición sobre un giro de pensamiento de Marx (y Engels) en torno al problema colonial respecto de la visión dialécticamente proburguesa, filocapitalista del *Manifiesto*, pues, de manera convincente, Atehortúa muestra que —de modo algo paradójico—, casi simultáneamente con su artículo sobre Bolívar (es decir, alrededor de 1858), al tratar Marx (y Engels) la coyuntura inglesa de la

guerra con China o los episodios del tráfico estadounidense de esclavos o, más tarde, la Guerra de Secesión o el filibusterismo de piratas de tierra firme, como el estadounidense William Walker en Nicaragua (1856-1857) o el aventurerismo imperial de Napoleón III en México o, sobre todo, la lucha independentista de Irlanda, Marx hace dos afirmaciones en las que a menudo no se repara:

[...] los principios generales desarrollados en este Manifiesto —dice Marx en el prólogo a la edición de 1872 del *Manifiesto Comunista*— siguen siendo substancialmente exactos [... Pero] no se hace especial hincapié [ya no hay que hacerlo] en las medidas revolucionarias propuestas al final del capítulo II. Siuviésemos que formularlo hoy, este pasaje presentaría un tenor distinto en muchos respectos. Este programa ha quedado a trozos anticuado por efecto del inmenso desarrollo experimentado por la gran industria en los últimos veinticinco años [etc.].*

[295]

Qué bonito pasaje para espetarlo a quienes leen a Marx o a cualquier otro buen autor religiosamente o con mística fundamentalista (esto vale incluso para los más grandes de sus seguidores). Y la otra, siguiendo otra vez de la mano de Atehortúa, una observación paradigmática sobre Irlanda que significa un giro copernicano sobre la lógica de la defensa del colonialismo inglés en otros tiempos: “Cuanto más estudio el asunto más claro me resulta que Irlanda ha sido frenada en su desarrollo por la invasión inglesa y que se le ha hecho retroceder varios siglos” (Marx, en Atehortúa, p. 110). Y, por si fuera poco, Marx añade: “la posición de la Asociación Internacional es muy clara. Su tarea principal es acelerar la revolución social en Inglaterra [hasta aquí el Marx de siempre]. Con este fin hay que asestar un golpe decisivo en Irlanda [aquí el nuevo Marx]”. (Marx, en Atehortúa, p. 114). Me parece justo insistir en que esta es la parte más valiosa del libro de Atehortúa, su real aporte.

Hemos dejado a Bolívar colgado de un párrafo unas líneas atrás, posición indigna e inadmisibles desde donde se la mire. Por lo tanto, me propongo rematar con unos juicios sobre las tesis centrales y definitivas de Atehortúa en torno al Bolívar de Marx. Debo confesar que me decepcionaron, y como mi intención no es buscar solidaridad para mis males en la conciencia del lector, simplemente voy a decir por qué y cómo, y el lector luego sabrá posicionarse. Al cabo, la ciencia positiva procede de esa manera: mediante el control colectivo, el mejor raciocinio y el principio popperiano de falsación. Como gran conclusión de su visión sobre el Bolívar de Marx —y al final del libro—, Atehortúa escribe: “Finalmente, respecto al escrito acerca de Bolívar, si en la línea de buscar explicaciones se prosigue, existe una un tanto más simple, más acorde con los planteamientos anteriores: Marx no lo asumió nunca como tarea central en su momento y consciente de

* Karl Mark y Frederick Engel, “Prólogo a la edición alemana”, *Manifiesto del Partido Comunista*. Recuperado de: www.marxists.org/espanol/m-e/.../48-manif.htm

su ignorancia americana se basó en el texto difundido por el pensamiento antiliberal de su época, el de Ducoudray-Holstein” (pp. 124-125). Todo está claro ahora; aquí, Marx fungió de latino y se hizo el remolón. El crítico se contagió de los vicios de sus criticados. Como dijo el poeta Cobo Borda: “Extirpa todo relajamiento/ cualquier vana complacencia/ No te distraigas centinela/ uno acaba por convertirse en aquello que más detesta” (J. G. Cobo Borda, “Consejos para sobrevivir”). Y Marx se distrajo. Pero no, no es así. Aunque “simple” —lo que a veces es una virtud— esta hipótesis deja mucho que desear—. En verdad, retrocede a las justificaciones de lo que yo he llamado la “segunda época” de los comentarios sobre el artículo de Marx, donde se argumentaron la falta de buenas fuentes* y el eurocentrismo hegeliano (que Atehortúa ha desvirtuado antes brillantemente). A Atehortúa le parece que detenerse a estudiar el artículo en sí mismo, los gazapos historiográficos de Marx,** es una tarea baladí (p. 121) en el examen del artículo de Marx: “¿Cuántos [de los comentaristas del Marx sobre Bolívar] acudieron directamente a las fuentes de Marx [...]?” (p. 121). Con justicia, Atehortúa reclama el esfuerzo de Marx al ocuparse del colonialismo, pero no puede pretender que todos los que se ocuparon del artículo sobre Bolívar para explicarlo “en sí mismo” eran unos ignorantes de la obra de Marx, y menos que preocuparse de abordar directamente el artículo, en cambio de otras cosas, esté por fuera del foco, constituya una falta. En absoluto. En nuestro ensayo de 1986*** postulamos que el sesgo de Marx contra Bolívar no era producto ni del eurocentrismo ni del hegelianismo ni del cansancio ni de la ignorancia ni de la pobreza de fuentes ni de una distracción en su trabajo, sino que era absolutamente deliberado y tenía motivaciones políticas clarísimas. Observamos que Marx, en 1857, al escribir el artículo, se hallaba en el centro de una lucha contra las tendencias nacionalistas liberales europeas, de las que el revolucionario italiano Giuseppe Mazzini era su figura más visible. Esos liberales —y Mazzini en particular— erigían a Bolívar en símbolo de su lucha, un héroe del republicanismo democrático, un luchador sacrificado contra la opresión colonial, un

* ¡Atención! Se ha dicho mucho sobre las fuentes de Marx. Pero no eran tan malas. Marx era un investigador serio. Buscó como fuentes testigos presenciales y actores directos que habían escrito en inglés (la primera edición de Ducoudray-Holstein es de 1828 y está en inglés) sobre el general Bolívar. Por supuesto que no leyó obras como la *Historia de la Revolución de la República de Colombia* de Don José Manuel Restrepo (1827), que le hubiera sido muy provechoso ni leyó a O’Leary (sus Memorias en español se publicaron en 1887) ni a Perou de Lacroix (Su *Diario de Bucaramanga* es de 1828), pero, aun así, ¿cabe culpar de falta de rigor a Marx, este alemán residenciado en Londres, que leía toda la prensa europea y todos los libros del Museo Británico?

** Ver Carlos Uribe Celis, *Bolívar y Marx, dos enfoques polémicos* (Bogotá: Tercer Mundo, 1986). Allí reseño minuciosamente 67 gazapos historiográficos de Marx. Vladimir Acosta, el profesor venezolano, reseña algo más de dos decenas; ver Quintero y Acosta.

*** Uribe Celis.

caudillo de la libertad, un soldado eminente de la independencia nacional, un fundador de naciones y, algo que atraía especialmente a Mazzini de Bolívar: una fuerza moral. Recuerdese que Bolívar, en el Discurso de Angostura (1819), propone un “Poder Moral”, complementario a la tríada montesquieyana de los poderes, y, en la Constitución Boliviana (1826), Bolívar propone la institución de los Censores (“Los Censores ejercen una potestad política y moral” y “Son los Censores los que protegen la moral”). Esto para Marx es anatema. Todo lo que desvíe a los obreros europeos y a las masas del internacionalismo proletario, de la lucha de clases, de la revolución proletaria debe ser considerado, como dirían los leninistas, una desviación inaceptable, un exabrupto.

Mazzini fue el profeta del nacionalismo italiano, de la unificación italiana, desde 1830. Inicialmente, hizo parte de la secta secreta de los *Carbonari* (una forma de masonería nacionalista italiana pero con partidarios en España, “carbonarios”; en Francia *la Charbonnerie*). Los carbonarios eran esencialmente liberales constitucionales de clara inspiración burguesa que se enfrentaron desde la segunda década del siglo XIX a Fernando I, rey de las Dos Sicilias, y más tarde a Metternich y al imperialismo austríaco en el norte de Italia. Tenían una organización civil y un brazo de insurrección guerrillera. La Carbonería se extinguió prácticamente en 1831 y Mazzini fundó entonces una organización llamada “La joven Italia”, que después tuvo ramas en Alemania y Polonia: “La joven Alemania”, “La joven Polonia”, “La Joven Europa”. Mazzini vivió intermitentemente como emigrado en Londres desde 1836 hasta 1869. Cuando Marx llegó a Londres como emigrado, en 1847, Mazzini era la gran figura de la libertad europea. Quien conozca el talante político y la obra de Marx puede entender su animadversión contra estas “desviaciones” del ideal revolucionario de clase en Europa. El bolivarismo de Mazzini se asentó también en Suramérica cuando uno de sus discípulos y generales, Giuseppe Garibaldi, se trasladó a Uruguay y Brasil y vivió en estas tierras entre 1836 y 1848, donde se hizo célebre como líder de insurrecciones y fundador de republiquetas. Marx era plenamente consciente de estos desarrollos “bolivaristas” de ultramar originados en Europa. En tiempos del fascismo mussoliniano, el nieto de G. Garibaldi, Ezio Garibaldi, en la Cámara de Diputados de Italia comparaba todavía al mismo Duce con Bolívar, un eco tardío del bolivarismo mazziniano. Marx combatió a Mazzini en varios escritos, por ejemplo, en una carta pública de 1846, un artículo de 1858 (casi simultáneamente con su escrito sobre Bolívar) titulado “El nuevo manifiesto de Mazzini” y una entrevista del 18 de julio de 1871 para el *New York World*.^{*} En el juicio de Marx Bolívar estaba fatalmente ligado al liberalismo nacionalista, pa-

* Ver <http://www.nodo50.org/pretextos/Marx.html> (Marzo 12 de 2010). “Landor [el entrevistador]: “Y Mazzini es miembro de su organización? /Marx (riendo): Él no representa más que la vieja idea de una república de clase media. Él se ha quedado muy atrás en el movimiento moderno”.

triotero, burgués y anticomunista de ciertos movimientos europeos de su época, y Mazzini era su figura representativa en aquel momento. Bolívar era pintado allí como un héroe moral del nacionalismo revolucionario, como un hombre providencial. De lo que se trataba para Marx era de desacreditar cualquier veleidad en esa dirección entre la clase obrera europea. Pero la posición de Mazzini es compartida también por Bakunin, adalid del “paneslavismo democrático”.^{**} Se comprenderá entonces la gravedad del asunto (para Marx, al menos). Esto para no hablar de que Napoleón III coqueteaba con estos movimientos de masas (recuérdese el antibonapartismo vehemente de Marx) y que la unificación de Italia (El “*Risorgimento italiano*”) estaba a la orden del día en su momento. El peligro de “desviación” era así enorme, y combatirlo a toda costa, “en todo tiempo y lugar”, como al pecado, era su deber, el deber de un revolucionario.

Para terminar, Atehortúa aludiendo a nuestro escrito de 1986, dice: “Finalmente una disculpa más: ‘la destrucción del hombre providencial’ que Marx habría pretendido con respecto a Bolívar, como si la biografía del prócer hubiera sido un panfleto extensamente difundido y hasta propagandístico y no una inserción escuálida en una enciclopedia de segunda” (p. 121). Tampoco. La enciclopedia de Dana puede parecer hoy de segunda, pero no parecía así en 1857 como proyecto. Además, todo lo que Marx escribió, lo escribió convencido de que tenía el mejor fin y de que “transformaría el mundo”. Esa era su convicción o, mejor diríamos, la raigambre de su mística, y todo ello independientemente de la recepción objetiva que sus escritos podían realmente alcanzar en el angustioso trayecto de su vida. Ninguno de los libros de Marx, tal vez con la excepción del *Manifiesto*, un texto coyuntural, a pesar de su importancia, recibió gran cobertura en tiempos de su autor ni obtuvo éxito de librería (ni fue *best seller* o cosa parecida). Ni *La sagrada familia*, ni *El 18 Brumario*, ni, por otra parte, la *Contribución*, ni *Las luchas de clases en Francia* (que aparecieron por fascículos en periódicos), ninguno. En cuanto a *El capital*, su obra cumbre, casi lo hacía llorar el ver qué poca atención recibió del público alemán, idioma en el que fue escrito. Pero eso no disminuía su fe, ni su vocación, ni su apuesta ni su compromiso personal, político, existencial, vital a toda prueba. Parece ser que los grandes hombres y los grandes obras no triunfan en la vida de sus autores sino solo después que ellos han muerto. A menudo, de los intelectuales que triunfan en vida habría que sospechar!

CARLOS URIBE CELIS
churibec@yahoo.es

* Ver Uribe Celis 89.

** Ver Uribe Celis 99-100.